

Francisco Fernández Buey

Semiosfera 3/4 (1995)

La crisis de la idea de progreso. Del optimismo burgués al pesimismo postmarxista.

1. Qué crisis es ésta

Voy a tratar de contestar a la pregunta qué crisis es ésta, de qué, qué es lo que está ahora en crisis, cuál es su particularidad entre las crisis históricas.

Para ello me he permitido arrancar de una lúcida conferencia que pronunció Manuel Sacristán, hace cuarenta años, el 3/XII/1954, en el Instituto de Cultura Hispánica de Barcelona, cuyo texto escrito fue recuperado no hace mucho por Esteban Pinilla de las Heras

en un libro excelente sobre las dimensiones políticas del grupo *Laye* que lleva por título *En menos de la libertad*¹.

Ni qué decir tiene que también entonces, en 1954, se pensaba —muchos pensaban— que el mundo estaba vi- viendo una crisis catastrófica, una crisis tal que llegó a calificarse aquella hora de "final de la civilización y comienzo de la barbarie". Al analizar aquella caracte- rización tan drástica del momento histórico Manuel Sacristán recordó una vez más la evolución del con- cepto de *crisis*: cómo de significar "determinación", "resultado", "desenlace", "salida", el griego *crisis* pasó a significar, en el lenguaje médico, la fase decisiva de una enfermedad y luego, más en general, "la fase deci- siva de proceso de incierto final".

Con el tiempo los historiadores (a partir de Burck- hardt) identificaron las "crisis" históricas con aquellos momentos en que llega a producirse "un cambio ra- dical en los fundamentos de la organización social o mental del hombre". Esto no quiere decir que la crisis tenga que ser necesariamente una coyuntura fatal, pues, como todo cambio, por radical que sea, puede ser también cambio para mejor. Crisis no equivale, por tanto, a catástrofe ni en la original acepción griega de la palabra ni tampoco en la acepción que ha sido mas usual entre los historiadores hasta los años veinte de este siglo.

Desde el término de la primera guerra mundial, la acepción negativa del término "crisis" ha acabado por imponerse. Tanto es así que hoy en día "crisis" es.

¹Barcelona, Anthropos, 1989.

para la mayoría de la gente en Europa, el umbral de lo peor. Superficialmente esto se debe, sin duda, a la perversión de la palabra por constante repetición en toda encrucijada civilizatoria, en toda circunstancia difícil, inesperada o, en algún aspecto, cambiante. Se debe, pues, a lo que Manuel Sacristán llamaba hace ahora cuarenta años la "filosofía periodística de la historia", muchas veces identificada con la mera y simple propaganda política. Pero la tendencia a ver en la crisis sólo la proximidad de la catástrofe se debe también a la reiterada consciencia de estar viviendo al borde del abismo, entre la decadencia y la barbarie, que, desde el estallido de la primera guerra mundial, los europeos cultos (o una buena parte de los europeos cultos) han tenido.

Lo que fue novedad radical de las presuntas crisis del siglo XX, la "consciencia de la crisis", esto es, el hecho de que el hombre haya llegado al concepto de crisis y no se deje ya engañar por la historia, o piense que no es engañado por ella porque conoce las repeticiones cíclicas de las crisis y puede tratarlas racionalmente, en frío —un rasgo fundamental de las crisis del presente justamente subrayado por Manuel Sacristán en 1954—, este hecho, digo, está igualmente en la base de la articulación progresiva de una cultura de la crisis. O, si se quiere decir con más propiedad: de la articulación de una subcultura o invariante cultural, muy característica de una parte de la alta cultura europea (y luego euronorteamericana), cuyos aspectos principales parecen ser el pesimismo histórico, el retroprogresismo crepuscular o decadentismo, y el nihilismo artístico, la depuración máxima de contenidos, la tendencia espiritual hacia la nada, hacia las naderías.

2. *Cultura de la crisis*

El punto de partida de la cultura de la crisis es, desde luego, aquel párrafo premonitorio de *La voluntad de poder* (1888) de Friederich Nietzsche tantas veces citado:

Lo que relato es la historia de los próximos dos siglos. Describo lo que vendrá, lo que ya no puede ser de otra manera: el advenimiento del nihilismo. Esta historia puede ser relatada ya ahora, pues aquí está en acción la necesidad. El futuro nos habla desde ahora con cien signos (...). Desde hace algún tiempo toda nuestra cultura europea ha estado avanzando hacia una catástrofe, con una tensión torturada que crece de década en década, incesantemente, violentamente, de frente, como un río que desea alcanzar el fin, que ya no se desvía, que teme desviarse.

Por "cultura de la crisis" hay que entender la modernidad en su forma extrema, la queja desencantada por lo que ha sido el desarrollo de la civilización industrial, burguesa, europea (luego euronorteamericana); una queja que se instala periódicamente en el debate intelectual sobre lo que ha sido y es la modernidad. Lo característico de la "cultura de la crisis" es precisamente su conciencia trágica del mal momento, e incluso del ocaso o de la decadencia de la civilización propia, y, con el tiempo, la instalación incómoda en la misma, o sea, la conciencia de que se vive algo así como una crisis permanente o cuasi permanente.

Dejando a un lado antecedentes singulares y notables, como el de Nietzsche y, en otro orden de cosas, el de Dostoiewski, el origen de la "cultura de la crisis" como tal, como corriente intelectual influyente, hay

que buscarlo en el final de la guerra mundial que asoló a Europa entre 1914 y 1919. Su cuna principal, pero no única, fue la Alemania derrotada de la República de Weimar. Su causa principal: la reacción desencantada del liberalismo europeo (italiano, francés, alemán) herido y desilusionado. La primera cultura de la crisis nació, en efecto, como protesta contra lo establecido, contra los poderes de la época o contra lo que los filósofos de entonces creían ser los poderes de la época: Versalles, la ciencia tecnificada, el estado burocratizado pero impotente ante el aumento del paro, los partidos corrompidos por su fracción parlamentaria, la razón establecida, la civilización del analfabetismo funcional. Desde el punto de vista psicosociológico la cultura de la crisis fue una consecuencia del liberalismo herido y desencantado (un fenómeno que había analizado muy bien F.M. Dostoiewski para la Rusia de los años sesenta del siglo pasado cuando el liberalismo occidentalista de los padres se quiebra para dar paso al populismo revolucionario de los hijos).

La primera "cultura de la crisis" corresponde a un período de indefinición en lo político, de ideologías antisistema críticas pero vaporosas, de laceración del liberalismo intelectual que se balancea hacia los dos extremos del arco político (el primer Heidegger y el joven Lukács que encantaba a los Mann, o Jünger y Brecht serían figuras representativas de esto).

Al acabar la primera guerra mundial el liberalismo herido (quizá no tanto el liberalismo político como la cultura liberal de los intelectuales) osciló en pocos años hacia los extremos: hacia el socialismo revolucionario o el comunismo y hacia el nazifascismo. Y

se comprende, pues el liberalismo había vivido primero las revoluciones (en Rusia, en Italia, en Hungría, en Baviera) y las rebeliones (en España, en Francia, en Gran Bretaña) de las masas proletarias desesperadas por el hambre y el desempleo, y conoció inmediatamente después la debilidad de las organizaciones obreras, la forma brutal en que los de abajo fueron reprimidos y su derrota militar en Alemania, en Italia, en Hungría, o su retirada en Francia, en España, en Gran Bretaña.

Como fenómeno sociocultural la primera "cultura de la crisis" no fue necesariamente la preparación y fundamentación del fascismo y del nazismo; fue sólo su caldo de cultivo intelectual en Alemania, en Italia, en España, en Francia, parcialmente en Gran Bretaña: de Husserl y Heidegger pasando por Jaspers, Sorel, Elliot, D'Annunzio y tantos otros. Lo cierto es que en el período de entreguerras la "cultura de la crisis" impregnó la reflexión de los científicos sobre la ciencia, de los historiadores sobre la historia, de los literatos sobre la literatura, de los artistas sobre el arte.

El término de la guerra del 39-45 dió lugar a una nueva cultura de la crisis, sobre todo en aquellos países que habían estado al lado de Alemania durante la guerra y entre las gentes que se habían sentido atraídas por la *kultur* derrotada militarmente. Los crímenes de Hitler y de Stalin y el desarrollo de la segunda guerra mundial habían quebrado las ilusiones de los extremos salidos de la desilusión del liberalismo. De manera que en la segunda fase de la cultura europea de la crisis se encuentran en el camino los desencantados del nazifascismo y del comunismo estalinista, los filósofos y pensadores horrorizados por el holocausto

y por las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Hay muchas huellas de esta nueva cultura de la crisis en los existencialismos alemán, francés e italiano de los años cincuenta; y también en la alta cultura española de los años que siguieron al término de la guerra mundial (que no fue en absoluto, como se dice a veces por generalización apresurada, una cultura aislada de Europa). Por lo que hace a España se puede ver a este respecto la *Revista de Estudios Políticos* de los amigos de Carl Schmitt y también la ya mencionada *Laye*. Significativamente dos de los exponentes de la cultura de la crisis en su primera fase, Heidegger y Lukács, se encuentran en el camino de vuelta desde *Ser y Tiempo e Historia y consciencia de clase* en el diálogo con el existencialismo francés (Carta de Heidegger a J. Beaufret sobre el humanismo; controversia de Lukács con J.P. Sartre). La náusea, la angustia que produce el estar en el mundo después del holocausto y de Hiroshima y Nagasaki, la sensación de vacío, la consciencia del horror, la crítica de la tecnociencia y de la deshumanización reaparece en el marxismo trágico y crepuscular de los principales exponentes de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer y Adorno), en Della Volpe y en el grupo del *Politécnico* en Italia (liderado por Vittorini), en el personalismo cristiano, en escritores como Orwell, Salinas y Thomas Mann, en K. Axelos, etc...

La "guerra fría", una guerra, como ya su mismo nombre indica, "encubierta" entre los EE.UU. de Norteamérica y los países de la Alianza Atlántica de un lado y la URSS y los países del Pacto de Varsovia de otro, alejó el espectro de la crisis cultural que fue sus-

tituido por la emulación, la competitividad, la carrera de armamentos y por la conquista del cosmos y los altos índices de crecimiento económico en los dos bloques. En este contexto los años sesenta y setenta —de relativa "coexistencia pacífica"— fueron años de triunfo del optimismo histórico pluralmente representado en los distintos campos por los marxismos críticos, por el racionalismo crítico y por los neopositivismos. Hasta el existencialismo se hizo en esos años significativamente "positivo" en la obra de Nicola Abbagnano. Renacía la confianza en los avances tecnocientíficos y en el efecto, también positivo, del crecimiento imparabable de las fuerzas productivas.

3. *La última fase de la cultura de la crisis*

La última fase de la secular cultura de la crisis, en la que estamos, se explica por la aparición de tres nuevos factores. El primero es la generalización de la consciencia de la crisis ecológica global. El segundo es la confusión provocada por el hundimiento casi simultáneo de las ilusiones que habían creado el llamado "socialismo real" y los estados del "bienestar"; confusión, ésta, que da lugar a un estado de ánimo que se puede caracterizar como *nepantlismo*². El hundimiento del "socialismo real" y del "estado del bienestar" puede considerarse, en lo fundamental, como una consecuencia del enorme esfuerzo tecnoeconómi-

²Nepantlismo es un término utilizado por el antropólogo mexicano Miguel León Portilla para describir la perplejidad o indefinición cultural de los indios americanos en el siglo XVI, su sensación de "estar a mitad de camino" por haber perdido los propios dioses y no poder aceptar tampoco los nuevos dioses, los dioses de la otra cultura. Algo así está pasando ahora en Europa.

co que representó la "tercera guerra mundial". El último factor aludido es la consciencia del agotamiento de la modernidad y del modernismo como forma de cultura.

Los primeros síntomas de un cambio que empezaba a transformar radicalmente el mundo social y mental resultante de la segunda guerra mundial se dieron a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. De un lado, el doble aldabonazo de París y Praga anunciaba la crisis del llamado "socialismo real". De otro lado, los trabajos e informes de Commoner, de Boochkin, de *The Ecologist*, del Club de Roma, al denunciar la incipiente crisis ecológica, anunciaban el final de la ideología del progreso indefinido y ponían de manifiesto los límites internos del estado de bienestar basado en el crecimiento económico cuantitativo. En cuanto al agotamiento del modernismo como forma de cultura no hay más que ojear lo que escribieron, desde puntos de vista muy diferentes, a mediados de los setenta, Octavio Paz, Daniel Bell, los "dionisiacos" en filosofía de la ciencia y, entre nosotros, el propio Manuel Sacristán.

Pero el marco de "guerra fría", y aun de agudización del enfrentamiento existente entre los bloques militares a finales de los años setenta, hizo que al menos dos de los factores de la nueva cultura de la crisis fueran pensados y se desarrollaran de forma independiente, por caminos distintos y con argumentos muchas veces enfrentados, coincidiendo ambos, sin embargo, en el otro punto: el fin de la modernidad, el final del modernismo. La presión de las alianzas militares obstaculizaba la capacidad de pensar y la libertad del pensamiento. En los *dos mundos* de aquellos años.

en los años setenta, el optimismo histórico se negaba a ceder. En el campo del socialismo, cuando se admitía la existencia de una crisis ecológica global, se atribuían en exclusiva al adversario sus causas y las peores consecuencias mientras que, por otra parte, se ponía sordina (o se censuraba sin más) la crítica de lo ocurrido en París y en Praga. Y en el campo del capitalismo tardío, el neoliberalismo y las socialdemocracias veían en París y en Praga acontecimientos demasiado contradictorios o peligrosos y llamaban "catastrofistas" a los autores de los informes sobre la crisis ecológica.

La tercera fase de la cultura de la crisis, en la que hemos entrado, se puede ver, por comparación con las anteriores, como un estado de ánimo generalizado en la cultura euronorteamericana ante las consecuencias de la "tercera guerra mundial". El que esta guerra, que no llegó a librarse con la panoplia del "arsenal barroco", pero que se libró realmente haciendo un gasto militar como nunca conoció la historia de la humanidad, estuviera a punto de estallar a mediados de los ochenta metiendo el corazón en un puño a muchos europeos y, en cambio, tuviera un final tan inesperado en 1990 ha engañado a muchos.

De hecho, la caracterización más exacta de la situación inmediatamente posterior a la caída del muro de Berlín la dio uno de los dirigentes de la patronal bancaria alemana. Dijo: "La tercera guerra mundial ha terminado con la victoria de los países que perdimos la segunda". Y se entiende que así fuera: una guerra fría es una guerra de posiciones, de cerco recíproco, desgaste mutuo, no sólo militar sino (por el enorme gasto militar que representó pecisamente) también económi-

co, social y cultural. El mayor gasto, sobre todo porque era un país muy atrasado desde el punto de vista económico, técnico e industrial en un principio y porque se empeñó en mantener la carrera bélica con los EE.UU. hacia la nada en los años setenta y ochenta, lo hizo la URSS. Ese país ha quedado exhausto por el esfuerzo económico que representó el gasto militar. Pero también los EE.UU. han salido tocados de aquel esfuerzo bélico brutal. Japón y Alemania, que por ser los perdedores de la segunda guerra mundial fueron obligados a quedar al margen de la carrera armamentista, se han beneficiado de ello, sobre todo en los años setenta y ochenta. Es natural que ahora se encuentren en mejor situación que los otros dos grandes. Pero, como era una situación insólita ésta de una guerra larga, dura y costosísima que no se libraba en los campos de batalla, al terminar la tercera guerra mundial los analistas quedaron confundidos durante algún tiempo.

Tal vez por eso entre 1990 y 1994 hemos vivido entre la celebración bobalicona del triunfo de los nuestros en la tercera guerra mundial, que es como hay que leer *El fin de la historia* de Francis Fukuyama³ (en clave norteamericana), y la reproducción de la cultura de crisis en Europa, que esta vez va a tener uno de sus puntales en la vieja Rusia y nuevamente en Alemania y en Italia. Se puede mantener, por tanto, que la actual "cultura de la crisis" es una consecuencia de la incertidumbre general acerca de la nueva fase histórica que se ha abierto al terminar la "tercera guerra mundial".

³Edición española: Barcelona, Planeta, 1995.

Ésta es, al menos, mi hipótesis de partida: en la época contemporánea una crisis después de cada una de las guerras mundiales. De ahí se puede pasar al análisis de los distintos niveles de la crisis en la fase actual.

En lo que sigue me referiré a unos pocos factores globales que, en mi opinión, particularizan o singularizan la situación en que estamos ahora. La actual cultura de la crisis es, sobre todo percepción, pensamiento o consciencia de la gran perturbación.

4. La gran perturbación: el mundo como mercado único

No es posible hoy en día analizar y tratar de encontrar soluciones a los problemas de la estanflación, del estancamiento económico y del paro si no se parte de ese dato fijo que es la globalización o mundialización del sistema. Cuando se estudian las causas del paro de larga duración en los países industrialmente avanzados o posindustriales, como suele decirse, inmediatamente uno tiene que hacer referencia a los últimos impulsos del proceso de automatización de la producción, a la difusión mundial de la informatización y de la robotización, pero también a la nueva división internacional (fija y variable) del trabajo que iba imponiendo en las últimas décadas y que ha conocido una nueva etapa a partir de 1990. Cuando se trata de la situación actual de los trabajadores de Volkswagen o de Suzuki, en Barcelona o en Jaen, no hay más remedio que pensar en la internacionalización de la fuerza de trabajo y en el nuevo tipo de relaciones que se han establecido, de hecho, entre los estados nacionales y las empresas transnacionales. Cuando se

trata de los problemas medioambientales en el ámbito local, regional o nacional en seguida se ve uno obligado a relacionar estos problemas con el de la crisis ecológica global y unos y otros con el problema de las fuentes de energías en uso y alternativas en el plano mundial. Y éstos con el de la diferencia de intereses en un mundo dividido.

"El mundo es ahora un mercado único. La mercantilización se ha hecho universal". El proceso de mercantilización se ha hecho tan universal que está llegando ya a los hielos perennes de la Antártida. La cultura euronorteamericana (y no sólo ella) ha hecho de los lugares más recónditos del planeta objeto de la ferocidad mercantil o simple propuesta aventurera para nómadas cansados de ver las propias desgracias. La ya antigua "tendencia espiritual hacia la nada", que viene caracterizando a las culturas europeas en la crisis, celebra ahora un nuevo carnaval mientras la esperada consciencia excedente de los ociosos sigue mutando, como casi siempre, en cinismo excedente de vuelta ya de todas las éticas del trabajo como sacrificio voluntario.

Es muy posible que este carácter universal de la mercantilización sea el límite último del capitalismo. Pero, de momento, lo que la mayoría de la gente percibe es la enorme complejidad de las interrelaciones entre la vivencia directa del paro en las familias y la estructura de la economía mundial; o entre la nueva división internacional del trabajo, las crisis medioambientales locales y las grandes migraciones; o entre el agobio y la angustia que representan siempre la adicción a drogas que matan a los jóvenes de nuestro mundo y los factores que han conducido a la flore-

ciente economía de droga y a las nuevas guerras del opio; o entre la necesidad, tan evidente, y tan repetida, de adoptar medidas correctoras para paliar la destrucción antiecológica de los mares, ríos, lagos o especies naturales y los intereses, tan encontrados al respecto, de culturas distintas, de Estados distintos, de clases sociales diferentes y aún de continentes.

Es precisamente la dificultad que presenta hoy en día el pensar tales interrelaciones (por no hablar del actuar en consecuencia) sin dejarse arrastrar por la desinformación y por la manipulación informativa lo que hace que estén volviendo, con mucha más fuerza que antes, el oscurantismo, el irracionalismo y los fundamentalismos varios. Ni siquiera vale la pena ponerse a discutir ya cuál es el opio del pueblo en nuestros días, porque se venden tantas clases de opios en competición mercantil que probablemente discutir sobre eso sería el cuento de nunca acabar.

En condiciones así hay dos cosas que cobran renovada importancia para los de abajo y para todas aquellas personas que, por las razones que fuera, siguen creyendo que la justicia y la verdad son valores defendibles. La primera cosa es tratar de obtener un plano para orientarse entre tantos caminos y encrucijadas; un plano lo más preciso posible que le sirva a uno para hacerse una idea del lugar que ocupa en el mundo. Yo espero que Fernando Mires, Bernard Cassen, Toni Castells y José María Vidal Villa nos ayuden a levantar ese plano. La segunda cosa es tener claro con quién se está, quiénes son ahora "los amigos del pueblo". Considero esto tan importante como lo otro, pues en tiempos de confusión suele ocurrir que las pobres gentes se confunden de adversario y golpean al

que menos culpa tiene. Un ejemplo: todo lo que hemos oído y leído hace un mes con ocasión del proyecto gubernamental de reforma del mercado de trabajo y la huelga general convocada por los sindicatos. Oyendo a los energúmenos que dominan las tertulias radiofónicas, lo que decían las varias televisiones y la mayoría de los periódicos (que tienen los mismos dolores que las televisiones y que las radios) parecía como si la culpa de todos los males la tuvieran precisamente los de abajo, como si la culpa de que haya un índice altísimo de paro fuera de los trabajadores que tienen trabajo y de los sindicatos. Es importante orientarse en esto porque, de lo contrario, se corre el riesgo de actuar como suele hacerlo el burdo inconsciente que querría cantar las cuarenta a su patrón pero, como no se atreve a hacerlo, golpea a su mujer al llegar a casa.

Así somos. Y conviene que dejemos de ser así. Como yo no soy economista ni sociólogo sólo puedo ayudar a dibujar el plano por el que orientarnos en sus trazos más generales. Reconozco que no será el mío un plano muy preciso para ir a un sitio determinado, sino una especie de juego de la oca donde se han indicado las casillas en que conviene no caer.

5. La gran perturbación en lo económico-social

Tal como yo veo las cosas, la crisis actual en el nivel económico del sistema-mundo no es de escasez de recursos, no es carencia, ni es simplemente descenso de los índices del crecimiento productivo, ni es sólo sobreproducción respecto del consumo posible, ni tampoco es sólo aumento del número de los que pasan

hambre y mueren por ello en el mundo. Es sobre todo desequilibrio, contradicción, polaridad, desfase entre la enorme capacidad técnica de producción y consumo del actual sistema económico y la realidad de desigualdad de la distribución, del hambre y de la miseria cotidianas. La crisis actual es, como la que vivió Charles Fourier, la de una plétora miserable.

La crisis es actualmente una gran perturbación caracterizada por:

-La primera revolución mundial de las fuerza productivas que permite a los amos del mundo dosificar los ritmos entre la automatización generalizada (en las puntas más elevadas del proceso productivo) y la utilización de mano de obra semiesclava (en las tareas de mantenimiento, limpieza y otras funciones descualificadas).

-Una nueva división internacional del trabajo: parte fija y parte variable. La población del mundo como ejército mundial de reserva que compite con el "hombre mecánico" (Hans Moravec).

-Un sistema-mundo como combinación, en grados diversos, de lo premoderno, lo moderno y lo posmoderno: patronos, plebeyos, esclavos, siervos, explotados de primera, explotados de segunda, ni siquiera explotados y excluidos. El ejemplo de las grandes aglomeraciones humanas nuevas (¿ciudades?) en Asia, América, África. El mundo como experimentación de la inteligencia artificial por arriba y como gran burdel por abajo.

-La existencia de grandes movimientos de población: emigrados y refugiados aparecen como un nuevo proletariado exterior, multilingüístico y multinacional, en el Imperio Único. Se ha hablado de la crisis demográfica y de los movimientos migratorios en el mundo actual como bombas socio-económicas de efecto retardado.

-Una nueva época del choque entre culturas (y religiones). Se abre un nuevo "estar vosotros en nosotros y nosotros en vosotros" de dimensiones universales. De ahí el *nepantlismo* (la indefinición por estar a mitad de camino, por pérdida de alidntidad cultural) y la reproducción de una vieja dificultad de comprensión y reconocimiento entre los humanos que conduce siempre al racismo y a la xenofobia

-La tragedia del economizar en los márgenes subterráneos del Imperio Único: de la economía de la droga a las nuevas guerras del opio pasando por el drama de las familias de los consumidores.

Demasiadas cosas y demasiado grandes para hablar de ellas sin perderse en el corto espacio de tiempo que aquí tenemos. Las dejo ahí apuntadas.

Pero no querría acabar sin decir una palabra acerca de lo que me parece el enfoque adecuado para la fase actual de la cultura de crisis, para una cultura consciente de la crisis permanente de una civilización cuyos dos cabos principales han sido el capitalismo organizado y el "socialismo real". En la primera fase de la cultura de la crisis en Europa Thomas Mann dijo que todo iría mejor cuando Marx leyera a Hölderling. Algunos años después añadió: y viceversa. Ahora

Marx parece olvidado. Pero opino que aún tiene mucho que decir a la cultura de la crisis del final de siglo y de milenio. Para que las verdades de Marx lleguen a hombres de nuestra época, que, como he dicho, están *nepantla*, el viejo Marx tendría que leer no sólo a Hölderling sino también a Leopardi. Y viceversa. Tal es la sugerencia de John Berger en *El sentido de la vista*. Esa es la vía para hacer positivo el nihilismo secular de la cultura de la crisis europea.

Universidad Pompeu Fraba. Barcelona